**Domingo 12º del TO. Ciclo A (21.06.2020): Mateo 10,26-33**

**Ahora es hora de hablar abiertamente.** Lo medito y escribo CONTIGO,

Retomamos el Tiempo Ordinario y con él la lectura contemplativa del Evangelio de Mateo por encontrarnos en el Ciclo A de la liturgia eclesiástica. El pasado domingo 23 de febrero se nos leyó, y así lo meditamos, el final del capítulo quinto de este Evangelio. En el primer paso de esta reanudación de ‘la normalidad’ lectora se nos propone el acercamiento al texto de **Mateo 10,26-33**. Y, ¿qué hacemos con los relatos de Mt 6,1 hasta Mt 10,25? ¿Por qué no se leerán?

El relato de **Mateo 10,26-33** que se nos leerá en la asamblea del domingo comienza así: *“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles: No tengáis miedo”*. Si alguien se acerca a su Biblia y lee en Mateo 10,26 constatará que sólo leerá la expresión ‘no tengáis miedo’. ¿A quién o a quiénes y por qué? En algunas ediciones de la Biblia el lector encontrará un título en negrita entre los versículos 25 y 26 de este capítulo décimo. En una de las mías leo: ‘Hablar abiertamente’. Hablar sin miedo. Hablar claro. Hablar como se piensa. Hablar como se vive...

Este mensaje sobre ‘la libertad de expresión’ forma parte del segundo discurso que este Evangelista Mateo pone en boca de su Jesús de Nazaret. El primer discurso puede leerse en los capítulos quinto, sexto y séptimo. Y el segundo discurso se debe leer completo en el capítulo décimo en el que nos encontramos: *“Cuando acabó Jesús su discurso sobre la evangelización, abandonó aquel lugar...”* (Mateo 11,1). Junto a estos dos discursos, Mateo pondrá en labios de su Jesús tres más. ¿No eran cinco los libros de la Ley de Moisés? Este Jesús es el nuevo Moisés.

Conviene constatar el contexto narrativo en el que Mateo sitúa el segundo discurso de su galileo y laico Jesús: *“Jesús recorría todas las ciudades, enseñaba en sus sinagogas... Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor... La mies es mucha y los obreros pocos...Y envió Jesús a estos doce después de darles estas instrucciones...”* (Mateo 9,35 a 10,5).

Según este Evangelista que escribe hacia el año 80 del siglo primero, unos 50 años después de la muerte y sepultura de Jesús, una inmensa mayoría de las gentes del pueblo y de la religión judías vivían, mejor malvivían, esclavizadas por aquellos (varones y adultos) que tenían en sus manos el poder de la autoridad, incluso en nombre de su Yavé-Dios. De sinagoga en sinagoga y de sábado en sábado tanto Jesús de Nazaret como sus seguidores después de él eligieron ponerse al lado de los esclavizados y enfrente de quienes se creían presencia viva de Dios.

En este contexto se entiende bien el riesgo que corre todo evangelizador que comparte una buena noticia con quien sólo experimenta la deshumanización de quien se siente y cree enviado por Dios. La Ley que se anuncia cada sábado y en cada sinagoga no es una luz que calienta e ilumina, sino una mentira interesada que hiela y mata.

No tengáis miedo, decía aquel Jesús y seguimos escuchándolo hoy. Hablad alto y claro, sin miedo y abiertamente. Nada es más importante que cada persona. Nadie está por encima de cada persona. Anunciar esta noticia fue la obra evangelizadora de Jesús. ¡Cómo resuena por mis adentros aquel **‘habéis oído... Yo os digo... Haz lo que deseas que te hagan’** (Mt 7,12).

**Domingo 30º de ‘Los Hechos de los Apóstoles’ (21.06.2020): Hch 17,1-15**

***“Ellos sí escucharán”*** (Hechos 28,28-29)

El narrador Lucas se siente a gusto con la aventura de la tarea de su Pablo de Tarso por tierras de la Macedonia de Grecia. Después de Filipos, y siguiendo la vía Egnatia, los itinerantes evangelizadores se detienen en la populosa ciudad de Tesalónica: *“Atravesando Anfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga judía. Pablo, según su costumbre...”* (Hch 17,1-2). Comienza así la vida de una nueva iglesia que podríamos llamarla ‘La casa de Jasón’ en Tesalónica, la capital de la Macedonia. Populosa ciudad del imperio de Roma.

**En Hch 17,1-9** podemos leer la síntesis de todo cuanto supuso la fundación y arraigo de la iglesia de Tesalónica. Vuelvo a sugerir el ejercicio de la lectura en paralelo de dos relatos nacidos de la mente del Evangelista Lucas. Por un lado, éste que acabo de precisar en Hechos 17,1-9 y el otro, a su lado, para una lectora conjunta o sinóptica, el de **Lucas 4,16-30**. Sólo esta lectura contemplativamente crítica nos permite captar las diferencias significativas del mensaje de Jesús en su sinagoga de Nazaret sobre la Buena Noticia de su Evangelio frente al mensaje de Pablo en la sinagoga de Tesalónica sobre el mesianismo de Jesús.

En el relato de Hechos se dice explícitamente que Pablo anuncia su mensaje durante tres sábados, pero es casi impensable que en tan solo este tiempo se llegue a constituir un grupo de personas con la capacidad suficiente para constituir un grupo asentado y con un proyecto duradero. Si ahí arraigó una iglesia, como se puede suponer por la lectura de los dos escritos llamados ‘Cartas de Pablo a los Tesalonicenses’, la presencia de Pablo, y de sus acompañantes casi silenciosos e inactivos, Silas y Timoteo, tuvo que ser bastante más alargada que tres semanas con sus tres sábados. ¿Por qué se ha conservado tan poca información de tanta obra?

En **Hch 17,10-15** podemos leer la síntesis de todo cuanto supuso la fundación y el arraigo de una nueva iglesia en la ciudad de Berea. Esta ciudad, como bien se indica en este relato, es paso adecuado para llegar desde Tesalónica hasta Atenas.

*“Llegados* [Pablo, Silas y Timoteo] *a Berea se dirigieron a la sinagoga...”* (Hch 17,10). Volvemos a constatar que el plan evangelizador de Pablo, según su cronista Lucas, se mantiene inalterado. Comienza siempre por participar en la sinagoga. Será en sábado y será para leer y comentar en este tiempo y lugar los relatos de la Ley de Israel y de sus Profetas para acabar por asegurar que todo ello no era otra cosa que el prólogo hasta llegar a la historia, persona, vida y mensaje de Jesús de Nazaret, Mesías prometido y esperado, rechazado y ejecutado.

Desde aquella primera evangelización en Chipre (de Pablo, Bernabé y Juan Marcos) la estrategia misionera, o como se desee calificar a esta tarea, se ha mantenido constantemente igual. Y parece ser que las respuestas y las consecuencias también fueron semejantes.

Conviene retener estos datos que su autor y cronista Lucas nos escribe para nuestra lectura crítica. Y conviene recordar en esta tarea de ahora aquello sobre lo que se habló y decidió en la Asamblea de Jerusalén. La nitidez de la propuesta de Pedro y las concesiones que podrían aceptarse. ¿Podrá aceptarse que evangelizar-sacramentalizar fueran la misma misión eclesial?